

mucho tiempo y mucho trecho, sale á un día espléndido, y se regocija como puede regocijarse un ciego que recobra la luz de los ojos y el ejercicio de la vista. Efectivamente descubre un cielo azul y un sol espléndido; y en el centro de lago celeste un castillo coronado por jardines aéreos semejantes á los jardines plantados en Nínive por Semíramis. Las aves canoras revolotean y cantan sobre las flores varias; los cisnes discurren y gallardean por la celeste superficie, donde sus cuerpos dejan estelas amplias, mientras los peces forman círculos concéntricos, sacando ya las cabecitas, ya las colas de los líquidos senos esmaltados y relucientes por una luz vivísima. El joven estaba como absorto, y embebido en aquel espectáculo tan hermoso, cuando le sale al paso un venerable anciano, seguido de varios jóvenes, medio desnudos, quienes le halagan á una con reverencias tales que parecen dirigidas á un Dios. Padedur se maravilla de provocar este culto, cuando le dicen que se halla en los dominios del rey Pescador y que tal rey Pescador es nada menos que hermano de su madre, y por ende tío suyo. Al saberlo, pídele instrucciones para esgrimir la espada y blandir la lanza, instru-

mentos de guerra por él desconocidos en la ignorancia horrible á que le condenara en su maternal amor la mujer, á quien debiera la vida. Enséñanle ambos ejercicios, y en ellos le amaestran hasta honrarlo con la orden oficial de caballería, pero advirtiéndole como no estaba de ningún modo habilitado para desempeñarla y ejercerla, especialmente para llamarse caballero, mientras no hubiera peleado por alguna dama y sentido algún amor.

Padedur, deseoso de merecer la orden debida en aquel momento más á la suficiencia de su tío que á los propios méritos, vase por montes y por praderas, en demanda y requerimiento de una dama noble á quien proteger, y de una doncella triste á quien amar. Y se halla cerca de los dominios del rey Pescador un castillo, á cuya castellana combate nada menos que su propio esposo, quedándose con pechos y rendimientos de la pertenencia y señorío de tan excelsa y nobilísima señora. Llegado, por protección celeste sin duda, á ocasión de favorecer la virtud y de practicar la caballería, no se da punto de reposo, y reta con ardor á los follones y malandrines, empeñados en malherir y adolorar á una dama.

Salen á esta voz un prefecto del palacio con-  
dal, un gentilhombre anciano, varios caba-  
lleros armados, cautivadores de la castellana  
ó acaparadores de sus rentas; y Padedur los  
vence á todos en singular combate, y los  
envía de grado á que presten vasallaje á la  
señora y soberana por quien ha combatido y  
á quien ha salvado.

A pesar de tantas victorias, no está con-  
tento aún su heroísmo. Faltábale algo para  
ser perfecto, y algo tan importante como el  
amor. Así corre de región en región, y lla-  
ma de puerta en puerta, no para ejercer los  
afectos repulsivos ó combatientes de su na-  
turaleza moral, sino para ejercer los afectos  
atractivos ó amorosos. Mas, de paso, encuen-  
tra por su buena estrella un rey pagano, y  
lo desarma y desarzona, sin exigirle más  
que los acatamientos y homenajes al sobe-  
rano Arthur, en cuyos ejércitos se había peor  
propia voluntad alistado. Y andando, andan-  
do, sorpréndele un enorme nevasco, el cual  
cubre la tierra toda con su blanco suda-  
rio. Y sobre aquel nevasco vuela una palo-  
ma, tan blanca, de suyo como los ampos  
extendidos por la inmensidad, y tras de la  
paloma un gavián oscurísimo y siniestro,  
representación éste del odio, y aquella del

amor universal. Y en efecto, las garras del  
ave carnicera se clavaron á una en el pecho  
y en el vientre de la inocente avecilla triste  
y amorosa. Una mancha de sangre roja se  
tendió y difundió sobre la niève alba, relu-  
ciendo con gran relucimiento. Padedur hu-  
biera dado la existencia por aquella pobre  
víctima y combatido á muerte con aquel  
horrible vencedor. Así penetraron las reve-  
laciones tiernas del amor en el alma embra-  
vecida del guerrero. Y llevóle tal amor en  
sus alas al cielo, y del cielo descendió un  
milagro verdadero, merced á cuya virtud el  
amoroso encontró nada menos que un trono  
altísimo, y en el trono altísimo nada menos  
que una esposa ceñida con manto de armiño  
y coronada con diadema imperial. Pero esta  
ventura no impide ni obsta de ningún modo  
á sus aventuras. El destino lo llamaba con  
grandes llamamientos á la conquista del  
gran palacio de las Maravillas, y tenía que  
obedecer al destino. Dirigióse, pues, entera-  
mente solo á este lugar de misterios, donde  
había de tener los más terribles encuentros,  
como si bajara en aquel instante al pudri-  
dero de los muertos y al infierno de las  
sombras. Ningún mortal se atrevía de suyo  
á penetrar allí, porque todos quedaban como

petrificados de terror dentro de la triste caverna de horrores. Padedur se atrevió. A la llegada vió un lago, y en el borde un ciervo que bebía las aguas, y al beber, de tal suerte las envenenaba que morían á una todos los peces, cual si quedaran faltos de aire. Padedur mató al ciervo. Entró luego dentro del castillo, y encontró un ajedrez, cuyas piezas combatían las unas con las otras por sí solas. Padedur se asentó al juego, y movió las piezas en competencia con aquel jugador fantástico, pero tan desgraciadamente, que sin remedio ni apelación, perdió. Irritado en su amor propio por haber perdido, como suelen todos los jugadores de ajedrez, Padedur dió un puntapié al tablero. Y rodaron las piezas por el pavimento, cuya superficie se abrió en mil grietas, á guisa de volcán, dando franco paso á un gigante horrible y extremado, quien con voz estentórea, le dijo cómo tenía que proceder para cumplir su destino y desencantar á tantos deudos como estaban allí encantados. Y después del gigante, penetraron cuatro fantasmas en la estancia donde Padedur estaba, con cuatro lanzas, de cuyas flechas caían cuatro gotas de sangre, que al caer ¡oh! resonaban todas con horrible resonancia. Y en efecto, desencantaba de te-

ribles encantamientos, por cuya magia estaban convertidas en piedras frías muchas doncellas de la familia de Padedur, y en árboles carbonizados muchos hombres, quien tuviese valor para vencer á las brujas de los alrededores, brujas vencibles, no ciertamente por el filo de las armas, por el poder de los conjuros, cuyas fórmulas no podían hallarse de ningún modo, sino dentro de la terrible caverna de horror, á la cual había que ir venciendo y dominando á todo un ejército de sobrenaturales sombras. Padedur cogió su gran espada, y comenzó á blandirla con furor. Todos los demonios del infierno se conjuraron en su contra. Murciélagos, cuyas alas parecían paños fúnebres; lechuzas, cuyas retinas petrificaban de horror; animales fantásticos, cuyas garras se clavaban á una en todos los poros de vuestro cuerpo; endriagos de colosales dimensiones, vestiglos de bocas tan grandes como abismos, duendes chillones y estridentes, genios con espadas de fuego, ejércitos de duendes quisieron cerrarle con furor el paso, de igual suerte que se lo habían cerrado á tantos caballeros heroicos. Pero Padedur comprendió en seguida que todas aquellas sombras no podían destruir á

quien no podían amedrentar, y que su fuerza mayor consistía, no tanto en el propio empuje, como en el terror de sus perseguidos. Y siguió adelante, aunque los aullidos le atronaban las orejas, y los rechina-mientos de dientes le hacían estremecerse en su interior, y las espadas de fuego le quemaban las carnes ó le cegaban los ojos, y los ejércitos sobrenaturales caían con horroroso estruendo sobre sus espaldas, y la tierra se abría bajo sus piés, mostrándole un infierno inacabable de tormentos y de dolores. Pero había con suma facilidad averiguado cómo el secreto de llegar hasta la cueva se hallaba en la resolución de ir, é iba sin detenerse un paso ni vacilar un minuto, creciendo en voluntad á medida que crecía en terror. Y así llegó á la caverna, medio muerto; pero llegó, cuando ningún mortal había llegado, y leyó la fórmula sacramental cuando ningún otro mortal la había leído.

Con sólo verla y decirla en voz alta estaba conseguido el efecto mágico. Y así es, que apenas la dijera, cuando volaran las brujas en todas direcciones. Y apenas habían volado las brujas en todas direcciones, cuando se suspendieron los encantamientos en todos

sentidos. Y apenas se habían suspendido los encantamientos en todos sentidos, cuando sonó una música deliciosa por todas partes. Y apenas sonó la música deliciosa por todas partes, cuando los árboles carbonizados dieron paso á garçones apuestos, vestidos de ricas preseas y perfumados con aromosas esencias, así como las piedras frías á doncellas de arrebatadora hermosura y de melodiosa voz. Aquellos coros de fantasmas desencantados y devueltos á su sér humano rodearon á Padedur, y le dijeron que por obra y gracia de su valor había conseguido el premio de los premios, el honor de los honores, la ventura de las venturas, es á saber, la custodia del santísimo Graal.

Era esta la copa que llevaron los ángeles encargados de verter la vida en lo vacío el primer día de la creación, al sonar la palabra divina y creadora sobre los espacios desiertos. Guardada en los cielos, después de la creación de las cosas, iban allí á beber la vida las ideas, que en cuanto libaban tal increíble licor, parecían eternas, y además de eternas, increadas. Esta copa, retenida y guardada en el cielo, bajó al mundo en la noche del sacramento eucarístico. En ella, más reluciente que todos los astros del cie-

lo infinito, bebieron los apóstoles reunidos con Cristo en la cena el vino nuevo del Evangelio y sus verdades. En ella recogió Josef de Arimatea en el Calvario y al pié de la Cruz, toda la sangre que caía del divino costado, y por lo cual copa de tanto precio tenía la virtud religiosa de immortalizar á cuantos la poseyesen. Josef de Arimatea la llevó á los dominios del rey Arthur, quien la depuso en una montaña misteriosa, para la cual no hay caminos, pues solamente se tocan sus cimas inaccesibles con prodigios, como los prodigios hechos por Padedur, y reconocidos del Universo mundo, y anotados en el cielo inmenso. Padedur llegó y encontró una milicia de guerreros inmortales, todos vestidos de blanco y cruzados de rojo, y ceñidos de luz esplendente, y armados con lanzas de oro. Al verlos, tras tantos siglos trascurridos de la muerte de Cristo jóvenes como en los días mejores de su vida, Padedur ¡oh! reconoció en ellos á los mismos ángeles que habían llevado por los espacios la vida escanciada en los manantiales eternos y la habían vertido en los abismos insondables. Padedur tomó, pues, por virtud maravillosa de sus hazañas y en premio á ellas, el regio cargo de custodio del santo

Graal, depositado en los dominios del rey Arthur, lo que de un lado le dará dominio perdurable sobre muchas almas, y de otro lado le tendrá en la tierra todo el tiempo que la tierra dure, vivo, pues, sin el custodio no podría la copa estar en sitio tan bajo como nuestro suelo, y sin la copa no podría vivir planeta de suyo tan quebradizo y enfermo como nuestro fragil planeta.

Concluyó con esto la epopeya del juglar tomada de las viejas epopeyas ciclicas y de los antiguos trovadorescos romances. Los circunstantes celebraron á una el relato, aunque muy conocido, y encarecieron al cantor, aunque muy celebrado. Pero entre tanto pláceme, sólo una persona estaba callada, el conde, quien embecido en los voluptuosos pensamientos prestados por su sangre á su alma, no sabe cosa ninguna de cuanto en derredor suyo pasa. La hermosa sierva libertada por el cuidado de celosos padres á las garras del gavián feudal, tiénele fuera de sí. Cumplida la velada, coge á su esposa, entra con ella en el cuarto, y mientras la infeliz reza las últimas oraciones sobre su reclinatorio, el bárbaro se desnuda y acuesta, sin darle ni siquiera las buenas noches.